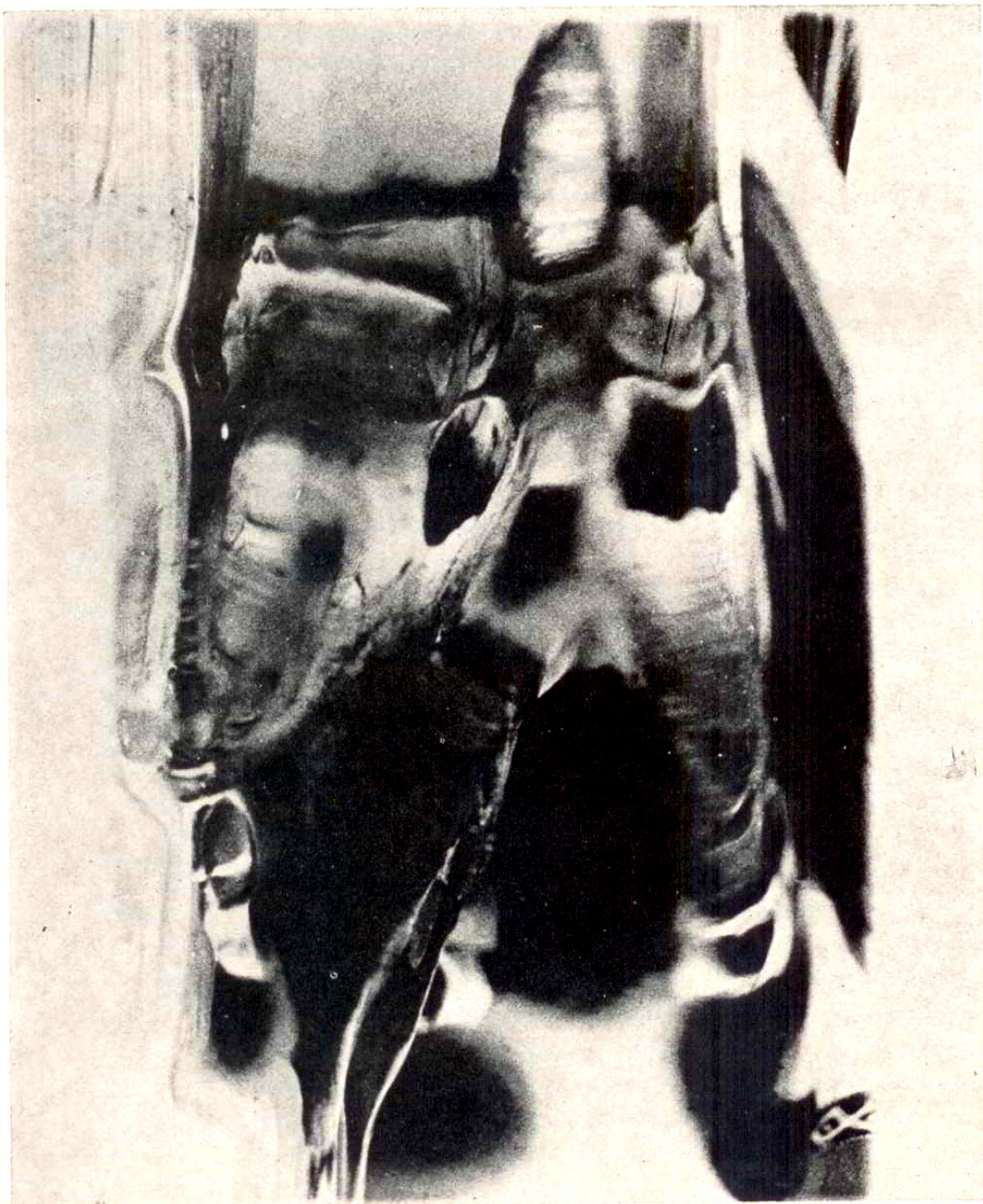


FRAGMENTO DE LA NOVELA
SANTIFICAR LAS FIESTAS



DAVID ALIZO



El siempre durmió mal: la respiración pesada y toda la noche volteándose a uno y otro lado, venciendo los resortes de la cama, rompiendo los alambres y a veces hasta quedaba entrampado en la misma cama, una pierna buscando el suelo entre el hierro y los alambres o los mismos resortes comiéndose la cobija, comiéndose las sábanas, y él como en una tarea muy grande, con una cara de resignación que le digo, ¡dios mío!, que para qué le cuento. Y la misma cara!

72

No soy yo solo el que me quejo de los mosquitos, no me vengan, pregúntenle al Chino a ver, pregúntenle al Comandante, no jo, a ver si los mosquitos no son vertebrados y se burlan del humo de la fogata y se ríen de uno, y lo peor es que mientras el macho cabrón lo entretiene a uno y uno a quitárselo de la cara —porque planean por las orejas para que uno sienta el zumbidito—, la hembra te desangra medio pie y aparecen esas ronchas que parecen de bachaco en vez de mosquito, y si no es en el pie porque uno tiene las botas puestas, pues entonces en las manos o atraviesan el caqui, aunque no me crean. Pero ellos siempre con lo mismo: Comandante: como que vamos a tener que mandarle a buscar a Estimado un poco de repelente. ¿Que se eche ceniza de tabaco? ¿Que se embarre de barro? ¿Qué aguante carajo? Y Estimado arruga la nariz, mueve la boca —porque más le debe Pedro a Juan que Juan a Pedro—, trata de levantar una mano pero solo mueve un dedo, ahí, acostado en el piso del jol del apartamento del cuarto piso, espantando los mosquitos del camino de hojarasca, montaña arriba, donde están las cascabeles que juegan garrote y uno tiene que ajustarse los calzones de verdad y tener las bolas bien puestas, porque la vaina no son los soldados, no son la vaina, la vaina son las cascabeles, las mapanares, las que dejan un triangulito dice el Chino y dijo ahí no vale que uno chupe la mordida ni un torniquete a tiempo porque no hay tiempo, ahí lo que sale es un hueco para que te metan o mandar el cuerpo a los familiares antes de que los soldados se ocupen de mutilar trofeos, ¿no es así? Pero Estimado no está en la montaña, donde dicen que aquella mancha gris es el mar, lo que reverbera allá, por donde invadió el generalísimo Miranda con la bandera de las tres franjas de colores horizontales: amarillo, azul y rojo, mi cabeza tiene piojos; sí, ¡aquello es el mar!, y aquel puntico negro es la isla de Culoasao, ¿lo pueden ver?; no, él está en el apartamento del cuarto piso, pistola en mano, hablando con América Independencia, diciéndole que no vale ni medio y que ella fue la culpable de que cayeran los otros, però me la vas a pagar, no jo, me la vas a pagar, porque si Estimado está allí es porque y que América Independencia le echó esa vaina, lo tuvo que marcar con los

demás, porque a quién le van a creer y aquí me tienen, con ese uater de mierda, lleno de, y uno esperando que lo saquen como a un enfermo, porque sí es verdad que me duelen los huesos y que esa coña humedad de Buena Vista lo pone a uno como un viejo y le arranca la potestad de una buena acción, que es la que me toca ahora. Estimado sabe que nunca como antes, cuando estaba en el liceo, cuando mandó muy largo al carajo a Francisco Javier y le dijo que quién iba a confiar en un hermano que se aliaba con los militares, ¿usté me dice que la milicia es una institución?, pero si usté lo que busca es un crédito, una casa donde vivir, ¿no?, pero para eso no tiene por qué besarle los pies a la institución completa, ¡ajá!, ¿reaccionario y qué?, pues y mierda y finalmente acabaremos con todos, sí, sí, eso es lo que aprendemos, como quieras, como te convenga decir.

No es que lo quiera decir, no, pero él siempre fue el más difícil, rebelde para todo y en eso es muy diferente a nosotros, porque mire, por ejemplo con Francisco Javier en nada-nada, pero ni en las costumbres siquiera, porque si le digo la verdad a Francisco Javier nunca se le vio en la cara nada disparatado y ahí lo tiene: ¡un profesional!, que se sabía que él iba a ser un profesional. En cambio Roberto siempre fue muy diferente: callejero como él solo y ocurrente, pero nadie me quita de la cabeza que fue en el liceo donde se terminó de echar a perder, porque no todo el mundo tiene los mismos sentimientos de uno, ¿no es verdad, dígame? Yo digo que menos mal que el viejo no vivió para ver esto, si no se hubiera muerto, porque ¡cuándo!

73

¿Te quisistes salir del sueño, cuando te esforzabas en aquel sendero de un verde cerrado, de un ocre maloliente que pisabas con tus botas de luchador tal vez un poco grandes para tus pies? Estimado sabe que sí, que es así, pero nunca lo dirá, nunca voy a reconocer lo que me quieran poner en mi nombre, aunque sabe que luchaba por salirse del sueño, por no estar en aquel paraíso de naturaleza infernal, peleando con ese enemigo y no con el otro porque verdaderamente no es tenido y fabricamos los encontronazos cuando nos sale y lo mejor de todo es que vencemos. Pero finalmente inventaste otra vez la voz de afuera y esa risa de mujer que no soportas, puramente con el ánimo de huir de ahí, de que te asignaran a la acción urbana para estar en ese apartamento del cuarto piso al que ahora regresas para poblar de nuevo con la inquietud que ampara la espera de ese contacto que no llega, que no se ha hecho

desaparición que aparece. Y Estimado, saliendo de un sueño para entrar en otro tiene la plena convicción de lo que va a ocurrir ha ocurrido, ya lo vivió como en una película donde el protagonista tiene que pasar por lo que ya pasó, para llegar ineludiblemente a este fin y comenzar con esto a darle vueltas a la cabeza y sentirse de pronto subiendo el camino de hojarasca, espantando los mosquitos, descubriendo la mancha gris del mar caribe al tiempo que oye esa risa condensada de mujer y la voz que lo debe sacar del sueño para sentirse de nuevo en el apartamento y olvidarse no de un hilo de hambre, sino de una terrible anestesia famélica a la que había llegado y del uater que amenazaba desbordar con aquella cosa ocre también, dando vueltas sin parar como un remolino. Sí, y volvió nuevamente a la penumbra, al jol de granito y paredes de un verde vahido que no conservaban ni la sombra del antes tropical de superkemton, y se sentó una vez más a descubrir cabezas de perros y narices ganchudas y palabras cruzadas que se convertían en una conversación de murmullos, detrás de su puerta, afuera, donde comienza la escalera, donde está el ascensor por el que subió un día con el contacto que se llamaba Juan y le dijo que aquí, ¡calláito!, como si no hubiera nadie, hasta que vengan los otros, hoy mismo o mañana, y yo le pregunté y le dije que cómo se llamaba el otro contacto, pero yo no debo preguntar nada, ¡usté no se preocupe mi Estimado!, y Estimado no se iba a preocupar, pero usté ve, usté puede ver, uno se sienta a esperar hasta que esa mierda de uater lo saca a uno, porque arrecia hasta que ya y encima esas voces de afuera, porque piensa —con razón piensa— que ya lo están apuntando y tienen todo el edificio rodeado, listo para caerle y acribillarlo en cualquier momento. ¿De manera que era mejor olvidarme de eso-queso y ponerme a pensar en otra cosa, mientras el tiempo pasaba? Yo no sé, yo no lo puedo decir. Pero algo iba a pasar, eso sí, porque tenía que venir la decisión y salir palante de cualquier forma, ¿no es que el que está en esto se encuentra de pronto con algo y tiene que decir, sin pensarlo mucho —dos veces—, es así y voy hacer esto? Y Estimado no es que prefiriera nada, pero no me iba a quedar sentado ahí, como lo que soy, diciéndose que el contacto no llegaba porque toda la cuadra estaba vigilada y por supuesto el edificio también, ¡y desde cuando sabrían que Estimado estaba enconchado en el cuarto piso! Pero, realmente, no fue por eso, porque mucho antes él apuntó al corazón de América Independencia y disparó diciendo ¡pam!, ¡pam!, y con el último disparo se perdió del apartamento y le digo a Francisco Javier, una vez más, que mi viejo no tiene por qué trabajar y si a él le sale estar en pijama todo el día, pues que esté, que eso

no le hace mal a nadie, ¡que es como feo un hombre en la casa empiyamao todo el santo día, sin hacer nada!, ¡y no ve que ya es un hombre viejo!, pero mamá de una vez, con Francisco Javier, que salga para la calle, aunque no haga nada, y que regrese a la hora de comer y que viva como si trabajara; además: usted no tiene por qué opinar porque usted no da nada para la casa. Y América Independencia: a mí no me pregunten; yo me preocupo por mi hija y paso a la casa lo que tengo que pasar. ¡Y qué ganaba con ponerse a sacar todo esto? Porque y que no le iba a aceptar la plata que le daba Francisco Javier para que se tomara un café en el liceo y comprara las tesis de química y física y biología, sin que le estuviera sacando que él era el que le daba la plata para que estudiara y no para que me pusiera a bochinchar con los extremistas y anduviera como cualquier desadaptado quemando autobuses y repartiendo propaganda política y lanzando consignas como un desalmado. Entonces es cuando Estimado se levanta a caminar de nuevo, pacito, como si no hubiera nadie en el apartamento porque las mujeres de afuera siempre han debido pensar ¡qué raro!, en ése apartamento nunca hay nadie, ¡pero oíste!, un ruido, como si a'guen se la pasara en el apartamento todo el santo día, sin hacer nada, como empiyamao, y a lo mejor se acercan a la puerta y yo me quedo quietecito, como si no hubiera nadie, pero con las orejas paradas, pegado al verde bilis de la pared, esperando que las mujeres se vayan con los tomates del almuerzo antes que el uater comience a dirigir su vaho por todos los rincones, desplazándose subrepticamente casi al nivel del piso, arrancando desde el pasillo que termina en el baño para dividirse en dos en el jol y cubrirlo todo y filtrarse luego por la puerta con la intención de apoderarse de la escalera para colarse en todos los apartamentos y acusar la presencia de Estimado, tarde o temprano.

75

En el fondo Roberto tiene buenos sentimientos. Nosotros tenemos un hermano natural, usted sabe, una aventura del viejo en su mocedad, como todos los hombres, con una mujercita de Pampanito, quién sabe quién, y el muchacho tiene deficiencias de la mente; pero Roberto se empeñó en conseguirle un hospital de locos, usted sabe, se empeñó y me llamó a mí y mamá dijo que para qué tenía Roberto que ponerse a revolver (¿revólver?) el pasado, como eran las madres de antes, y tanto dio hasta que lo metió en el que está por Valencia, uno de locos. Esas son las cosas de Roberto, también cosas de muchacho en el fondo, como todo lo que él ha hecho y por eso yo no lo culpo, porque

si miramos las cosas con otros ojos, mire: es nada más que un soñador arrastrado por esas ideologías que están de moda, ¿se da cuenta? Seguramente, si papá hubiera estado vivo, él no hubiera desencajonado al muchacho ése, por respeto al viejo, ¿se da cuenta? Por eso digo lo que digo. Entonces Estimado se dijo que había que tomar una decisión. No era que se iba a quedar esperando que llegara el contacto, porque si había una demora era por algo. Tampoco era que iba a salir, porque no fue entonces, fue mucho después, y yo lo que dije fue que la espera podía ser larga y mejor le echaba mano al uater antes que el olor se propagara por todo el edificio. Y metió la mano en el depósito de agua que estaba sin agua y comenzó con el flotador, pero nada, y un tornillo y este tubito o a lo mejor es que no llega agua, pero no había nada que hacer y tenía muy claro que era la única solución para que no fueran a descubrir que un tipo estaba encerrado en ése apartamento del cuarto piso y eso era muy raro porque nunca salía y ¿de qué podía vivir? De manera que tenía que tomar una decisión. ¿Cuál? La verdad es que no sabía que hacer y mientras estaba en eso el uater comenzó con su erupción y encima a revolverse y a poner todo más negro de lo que estaba, más negro que la penumbra del apartamento, que el hambre de Estimado, que las ganas de sentarse sobre la misma poceta, que los deseos de que ultimadamente abrieran la puerta para cogerse a tiros con los que tuviera que cogerse y la vaina terminara ahí una vez por todas. Pero no fue así. ¿Y quién iba a pensar que la erupción del uater terminaría con un desbordamiento de aquella cosa negra, manchando la porcelana, borrando el granito y avanzando como lava peligrosa? De manera que no podía meterle periódicos porque no tenía; no podía lavar por que cómo; no podía... ¡Nada! Y Estimado no sabe lo que hizo, no sabe si se acomodó en el suelo hasta quedar rendido por el sueño para comenzar en el momento de la retirada, sintiendo que las manos todavía le tiemblan por el desenfreno de la Madsen, los oídos sordos por el tableteo de los disparos que habían frenado al enemigo, subiendo sin parar, enfrentándose a las ramas que le cuereaban la cara pero que por nada del mundo detenía la marcha hacia aquel sueño verde y ocre que de pronto comenzó a rechazar por una risa, por voces de mujeres que venían de afuera, mujeres que él pudo ver muy bien cuando se acercaron a su puerta y él estaba durmiendo y se dijo que tenía que despertar, que tenía que despertar, hasta que sobresaltado buscó la pistola en la cintura y la empuñó con fuerza, sin ningún blanco al que apuntar, mirando sorprendido la cerrada oscuridad del apartamento y la presencia de un sueño que acababa de abandonar.

Nosotros siempre habíamos estado esperando que de un momentó a otro nos llegara una mala noticia de él, porque uno siempre tiene que esperar lo peor. No, nosotros no sabíamos nada. El se fue de la casa y nada más. Pero yo sí imaginaba, y cuando salió la fotografía en los periódicos confirmé lo que suponía. Francisco Javier me dijo que no le dijéramos ni una palabra a mamá. Todo lo contrario, él no quiere ni verlo. ¿Y uno?, pues al fin y al cabo uno es mujer y ve las cosas diferentes. ¿Se da cuenta?

¿Cuánto tiempo había dormido? Como una o dos horas y ni penumbra siquiera sino noche cerrada y los huesos le dolían y si caminaba no sabía si caminaba hacia la cocina que según la ubicación que había hecho estaba en el este, o si por el contrario le daba la espalda al norte, al cerro del Avila, y caminaba hasta encontrarse de golpe y porrazo con la pared sur que cerraba el jol y que seguramente colindaba con el apartamento de al lado del cual salía y entraba una mujer con tomates para el almuerzo, porque eran tomates para el almuerzo en medio de la cerrada oscuridad de la noche. Te habías parado del suelo de granito sin ningún propósito claro que cumplir, pero sabías que ya no estabas en ese cuarto piso sino que respirabas por primera vez la atmósfera fresca que brindaban los árboles de la calle que habías tomado y esta vez con el propósito de encontrarme con la América Independencia a la que voy a cantar las que le tengo que cantar. Y aquí un o'lor a éter sustituía la risa de la mujer, el murmullo de las mujeres y los tomates que una de ellas llevaba entre los brazos haciendo una pirámide, para volver nuevamente al apartamento con un vago recuerdo de esa calle con árboles de mangos que llenaban la noche con un viento fresco, sin saber a ciencia cierta si él había abandonado el cuarto piso por culpa del uater que podía resultar su denuncia o por la propia decisión de ajustarle las cuentas a América Independencia, lo que en todo caso no había sucedido, o si estaba, justamente ahora, por abrir el cerrojo y dar paso a ese o'lor a éter que pica-pica hasta que ya, que le impide levantar los párpados y caminar en la penumbra del apartamento sin chocar con las paredes del jol ni caer en el pantano provocado por la erupción del uater ni recibir los cuerazos de las ramas en el sendero de hojarasca. ¿Por qué tenía que levantar las persianas y hacer todo ese ruido? Pero Estimado no levantó las persianas, sólo que ahora está tratando con una terrible dificultad de tirar del cordón para subirlas, sin importarle el ruido, sin pensar en nada, por verse caminando por la calle y mirando hacia el cuarto piso, porque sabe que hubo un momento en que abrió la puerta y ya rápidamente en la escalera, rápidamente en la planta baja con los espejos

que le reflejaban ese pálido sudor frío que sentía en todo el cuerpo, con un temblor de escaleras en las piernas, con una vibración de Madsen en las manos y vueltas de mosquitos en la cabeza. De manera que esperó, sintiendo que la pistola le clavaba un puñal en el estómago, tragando el sabor amargo del éter que sentía en la boca, caminando por la calle de árboles, respirando con fuerza y buscando la idea que lo llevaba en medio de la noche hacia las cuentas que le debía ajustar a la América Independencia. Y Estimado trata de caminar, de mover los brazos pero sólo mueve un dedo, ahí acostado en el piso de granito que ahora le parece blando y caliente, escuchando la voz de la mujer, que él puede ver, haciendo un esfuerzo, sin hacer ruido, porque en el apartamento no hay nadie, y yo me quedo muy quieto escuchando lo que dice, ¿se da cuenta?, como si hubiera alguien adentro, con los ojos hinchados por el sueño. Francisco Javier dice que él no va a mover un dedo porque él se lo advirtió, ¿se da cuenta?

(Fragmento de la novela "Santificar las Fiestas")